

La antología de Cobo Borda nos previene contra eso; pero también apunta, en su carácter dialogante, a la tentación del mimetismo pasivo que debe desterrarse, para descubrir en la lectura y conocimiento del otro, no aquellas fórmulas que, por su brillantez, su extrañeza o su novedad, sean fácilmente reproducibles, sino aquellas posibilidades que, puestas en circulación en una de las dos laderas de la lengua, sirvan para transmitir vitalidad y fuerza creadora a las propuestas de continuidad que —a partir de entonces— cada poeta esté en condiciones de hacer. Por eso, Cobo Borda (y en esto coincidimos también) censura toda aquella poesía de circunstancias, manipulada por intereses políticos y obligada a doblegarse a las exigencias de la historia: «una poesía indecente en su exaltación del martirologio heroico y falaz en su propósito de cambiar el orden social no innovando ni en quien escribe ni en el poema que redacta. Panfleto o pancarta, la poesía militante de los años 60 en América Latina dejó, por desdicha, muy pocas obras válidas» (pág. 49).

La crítica de nuestra poesía contemporánea (al menos, el fenómeno es muy común en España) se ha enzarzado en bizantinas polémicas formalistas. A fuerza de proponer caminos nuevos para el lenguaje, ha confundido tanto a los poetas que, recelosos también de no estar a la altura de las circunstancias, siguen —con servil reverencia— tales orientaciones, ora hacia lo discursivo o testimonial ora hacia lo hermético y textual, desembocado, en uno y otro caso, en una gélida despersonalización del lenguaje, o en una superficial frivolidad que enajena por completo a la poesía, no ya del público lector en general (de suyo reacio), sino de aquel otro incondicional e interesado. Pero se enajena también a los más jóvenes escritores: la situación de la más reciente poesía española se halla delimitada por la confusión, por la superficialidad y por el escepticismo. Cuando nos acercamos a la poesía hispanoamericana aquí inventariada descubrimos precisamente lo contrario: una poesía que, ajena a todo canto de sirena coyuntural (llámese formalismo estructural, llámese servidumbre histórica), se introduce en su pasado, en su tradición, pero no para reverenciarla vanamente, ni para repetir con añoranza su mayor o menor gloria histórica, sino para incorporarla al uso del presente (tanto Cobo Borda como yo consideramos decisiva la afirmación del crítico chileno Pedro Lastra, cuando llama a estos poetas «usuarios de la tradición»), para dejar bien claro que la poesía no puede ser otra cosa que el testimonio de una existencia que, arrancada del tiempo y el espacio concretos, se establece como territorio donde el poeta y su realidad comulgan con el deseo, en el éxtasis de un conocimiento que lo devuelve al origen y que lo enfrenta a la perplejidad donde culmina toda experiencia de sabiduría poética. Una actividad mística, porque existencialmente se conecta con lo religioso y con el misterio, antes que con la vana presunción de la escritura.

Son poetas, todos ellos, que «luego de una duda radical sobre su instrumento expresivo —escribe Cobo Borda—, tienden a recuperar una cierta confianza en el uso de la palabra, por más chirriante que sea, enfatizando, eso sí, el carácter crítico de su ejercicio, la postura marginal, y disidente, que debe regirlo (...) lo que en definitiva recalcan no es la crisis de la poesía o las desdichas del poeta sino la defensa de una impersonalidad mayor que las engloba a las dos dentro del compartido anonimato del texto; de la impersonalidad, por más subjetiva que haya sido en su origen, que éste dispensa. El rostro que allí aparece no es el de quien lo escribió sino el de quien lo lee» (pág. 50-51).

Y llegamos así a lo que es la elaboración de la antología propiamente dicha. Se descubren entonces las mayores diferencias en este diálogo entre ambas; si bien ello no es motivo para que el mismo se interrumpa. Tal vez deba decir que esa circunstancia refuerza e intensifica el carácter de contrarios complementarios que tienen nuestros libros. Al principio decía yo que ambos nos mostrábamos resistentes a la disciplina de toda ordenación histórica y generacional, y que optábamos por elaborar una antología abierta. Añado ahora que con algunas salvedades. No sé si el lector perspicaz lo habrá advertido, pero en los títulos de nuestros libros existe una diferencia de forma, decisiva sin embargo a la hora de definir las intenciones de uno y de otro. Una diferencia tal vez inconsciente, o a lo mejor no tanto: me refiero al artículo que determina, en la antología de Cobo Borda, una totalidad que, en mi selección, se quiere conscientemente evitar. Es más, el título original de mi libro era *Puerta lateral*, pues eso quiere ser: antes que una antología en el sentido tradicional, una salida que sitúe a los poetas posteriores en una posición de igualdad y alternativa con respecto a los que, con feliz expresión, Saúl Yurkievich llamó *fundadores*. Este dato, en apariencia nimio, es más que suficiente (unido a la explícita referencia cronológica que yo hago, y que Cobo Borda evita) para explicar esa suerte de concesión que hace el crítico colombiano al ampliar su selección, partiendo de la generación poética de Lezama Lima (con él comienza la antología), Octavio Paz y Nicanor Parra.

La proximidad desde la cual elabora su obra supone también un compromiso mayor con escritores de indudable importancia e influencia, cuya obra, por otra parte, se encuentra aún en pleno desarrollo. Proximidad y compromiso que lo obligan a calcular riesgos, que le exigen una particular fidelidad a los antecedentes de su antología; y, por lo tanto, a respetar cierta parcelación cronológica y generacional ya establecida. Proximidad y compromiso que si, en algún caso, como es el de apostar sin temor alguno por esa corriente de ida y vuelta que identifique a la poesía en lengua española de los dos lados del Atlántico, no es obstáculo para establecer criterios personales de discusión (es más, dentro de las propuestas habituales de la crítica hispanoamericana, habrá de tomarse como un verdadero pecado de esa crítica); en otros —los más— reducen la libertad del antólogo a los límites que ya señalara algún comentarista de esta obra: que la «meditación sobre las grandes etapas de la poesía hispanoamericana reciente» que hace Cobo Borda en el prólogo a su antología se halla mediatizada, tal vez en extremo, por un «temor reverencial» hacia la autoridad establecida¹. Un respeto que conduce a una más o menos consciente inseguridad: se prodigan citas, se hacen juicios muy breves y generalizadores sobre los poetas incluidos, sin salir del espacio cronológico que a cada uno le corresponde. Juicios que, por demás, no superan, ni contradicen, ni discuten los criterios ya conocidos sobre los mismos autores. Un respeto que le impide —en la medida en que ello es siempre necesario y deseable— señalar síntomas y posibilidades que pudieran establecer una continuidad a partir de los poetas antologados. Sobre todo, cuando llega el límite del año 1940. Más allá prefiere no pronunciarse. Tal vez por la inseguridad en una justa valoración; tal vez porque aquí aquella proximidad y aquel compromiso, se hacen más acuciantes puesto que Cobo Borda ha acompañado como

¹ Vid. RAFAEL-HUMBERTO MORENO DURÁN. *Poética de varia lección*. El País-Libros. Madrid, 14 noviembre 1985.

tal a los poetas de ese tiempo... Y sin embargo existen escritores de esa promoción con obra suficiente, y de contrastada importancia, como para establecer ya un puente necesario con los más jóvenes poetas de Hispanoamérica que no dudan en plantear frontalmente su resistencia ante la frontera insalvable que la crítica y la presión editorial han establecido entre ellos y sus más o menos próximos antecesores.

Una intención tendente al eclecticismo parece privar en la selección de los autores que Cobo Borda incorpora a su antología. Prefiere reunir más nombres, aunque la muestra de cada uno haya de ser forzosamente reducida, que hacer una revisión de la totalidad de la poesía escrita por ciertos autores significativos. Al anotar esto no quiero discutir sobre la oportunidad o impertinencia de la selección. Ya he dicho más arriba que no debe ser eso un criterio válido, ni justo, para juzgar una antología. Los nombres, en una muestra dilatada como la que ofrece Cobo Borda, suelen ser equivalentes, y las ausencias que puedan notarse están cubiertas por presencias que llenan ese hueco representativo. No es ésa, pues, mi intención. Al aludir al eclecticismo que entiendo hay en un libro como éste quiero significar que se trata de un forzado equilibrio que resta vigor a la propuesta del antólogo, que la sitúa en un terreno más conservador que el trazado en el estudio preliminar. Por eso decía también que —llegado a este punto— el diálogo de antólogos y antologías hasta ahora descrito pasa del intercambio de esas inquietudes comunes que pueden detectarse en nuestra poesía, a ambos lados del Atlántico, al contraste —no menos valioso— en las propuestas de indagación individual que sobre la poesía hispanoamericana hemos establecido Cobo Borda y yo. Lo que no admite duda —y quiero significarlo aquí— es que ambos hemos actuado animados por el entusiasmo común que nos aproxima al tema, y sobre todo, por la necesidad de normalizar el intercambio entre ambos discursos poéticos y críticos, tan difícil siempre y desarrollado —cuando ocasionalmente se ha intentado— con tantos recelos y con tan escasa generosidad.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

Las obras completas de Mayans

Ha sido en verdad espectacular, desde hace algo más de tres lustros, la renovación que en los estudios sobre la Ilustración española han propiciado las publicaciones mayansianas del profesor Antonio Mestre, con el patrocinio del Ayuntamiento de Oliva.

Puesto que ya en una ocasión, y en las páginas de esta misma revista, he referido los principales jalones de dicha recuperación¹, no insistiré ahora en ello, limitándome a dar cuenta en esta reseña del nuevo hito que supone la aparición de los dos primeros tomos de las *Obras completas* del ilustrado valenciano.

Resulta curioso que en el caso de Mayans hayamos redescubierto primero su inmenso *Epistolario* que la mayor parte de su obra impresa, al contrario de lo que suele acontecer con otros autores: la publicación del riquísimo corpus epistolar conservado era en verdad necesaria, y los seis tomos hasta hoy aparecidos han confirmado el súbito interés que para el investigador tenía adentrarse en la compleja red de relaciones que en esas cartas se establecen entre Mayans y los más destacados protagonistas de la primera Ilustración española, en especial los componentes del grupo valenciano afines a él. Confieso mi predilección por el Mayans del *Epistolario*, por ese hombre insobornable que oscila en sus cartas entre la generosidad y el engreimiento, que instruye a sus corresponsales o se desahoga con ellos, que alienta unas veces con optimismo nuevas empresas intelectuales y otras se derrumba deprimido ante la barbarie de sus compatriotas, que mueve silenciosamente, en fin, desde Madrid como bibliotecario o desde su retiro de Oliva, los peones que le interesan para el logro de la tarea intelectual que tenazmente se había fijado: la de «ilustrar las cosas de España».

Pero, obviamente, nuestro conocimiento de la personalidad de D. Gregorio Mayans debía completarse con la lectura de sus obras impresas, por lo general nunca reeditadas y, a causa de ello, difícil o incómodamente accesibles para el estudioso. De esta necesidad ha surgido el nuevo y ambicioso proyecto de Antonio Mestre, amparado por el Ayuntamiento de Oliva y la Diputación de Valencia: la publicación en varios tomos de las obras castellanas completas de Mayans. Comento aquí los dos primeros tomos aparecidos (I: Historia, II: Literatura), cuando ya está próxima la publicación del tercero, que recogerá la importante y demasiado olvidada *Rhetórica* (1757) del valenciano.

Una «Introducción general» y otra sobre «Mayans historiador», ambas a cargo de Mestre, abren el primer tomo. Son útiles panoramas de conjunto en los que ha de admirarse la capacidad de síntesis de quien ha dedicado ya muchas páginas al ilustrado de Oliva. La segunda de ellas nos permite calibrar el papel verdaderamente crucial y de conexión que tiene Mayans dentro de la historiografía española durante un largo período que puede dividirse en tres etapas: la primera (fines del XVII: Nicolás Antonio, Mondéjar, Sáenz de Aguirre...) es la iniciadora de la lucha contra los falsos cronicones: la segunda (mediados del XVIII: Mayans, Burriel, Flórez, etc.) asiste al afianzamiento del criticismo y de la necesidad de manejar fuentes documentales fiables; la tercera, en fin, correspondería al período «estrictamente ilustrado en que se plantea la necesidad de una *historia civil* que coincidiría con las ideas de una concepción burguesa» (pág. 21): los Mohedano, Masdeu, Muñoz, Villanueva, Forner, Jovellanos... «En este cuadro general —precisa Mestre— Mayans sería el heredero directo de Nicolás Antonio y Mondéjar, de quienes aceptaría el espíritu crítico y el rigor metodológico en su lucha contra los falsos cronicones. Es necesario encuadrar su actividad en la defensa de la críti-

¹ «El centenario de Mayans y la Ilustración española», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 396, junio 1983, págs. 675-87.